

Un trago a medio beber.

Una mano en una pierna.

Un convertible alejándose, ambos en él, una detención, amor desde todos sus ángulos, un extraño borroso en la niebla que echa mano a una escopeta recortada del futuro, PUM, dos cuerpos desnudos e inertes en el interior del auto. En sus más variadas versiones gráficas y cambiando el auto o el bar por otros lugares, parece ser uno de los temas más frecuentes en el cómic nacional. Como una pesadilla que se repite todas las noches, evocando inconscientemente la historia de la dictadura. El peligro de involucrarse, de amar, de compartir, el miedo a estar desnudo frente a la paranoia constante: picana eléctrica, desaparición, muerte, y nunca una explicación.

Frente a esto, el otro gran tema. Los mundos diminutos que al final terminan siendo el universo, o al revés, los monstruos inmensurables que terminan siendo microbios o más bien neuronas cerebrales. Mundos internos, mundos propios, como diciendo déjenme tranquilo, nada es suficientemente grande como mis neuronas.

Sin embargo, justo ahora, al principio de la democracia, los mundos diminutamente grandiosos de los creadores comienzan a asomarse y a tomar dimensiones reales. Fantásticas y reales. Aparecen nuevas temáticas, más variadas, más sorprendentes. Y es que los autores ya no temen compartir sus propias historias, valorar lo que ven, viajar despreocupados por la inagotable inspiración que nos regala cada barrio, cada ciudad, cada pueblo, piedra, persona, o cada recuerdo de los malos tiempos o de los buenos.

Igualmente los personajes —casi inexistentes hasta el año noventa— ya se atreven a mostrarse en público (El Conde de Matucana, Checho López, Kiki Bananas, El Viejo del Saco...) Se perfilan creaciones, universos, caras y personalidades definidas que nos emocionan y nos sorprenden al mostrarnos cómo somos o cómo no somos.

Vuelve con ellos una parte esencial de la historieta chilena. Al vivir los personajes, *nace realmente un mundo con vida propia, más allá de sus autores, los editores o los lectores.*

Se cumple así el deseo y la exigencia formulados por Quintín el Aventurero, héroe de las historietas chilenas de los años cuarenta, quien en una ocasión se apareció en los sueños de Coré —su creador— y le dijo: «—Venimos a pedir la reivindicación de las clases imaginarias».



El papel del cómic en la democracia

A propósito de reivindicación y de democracia, cabe señalar la importancia que merecen tener los historietistas anteriores al golpe. Los viejos cracks, los que tuvieron que buscarse otro empleo. No como un homenaje. Más bien como una necesidad de tomar contacto con la evolución del cómic en Chile. Porque si bien la influencia de revistas extranjeras (europeas, norteamericanas) aportó las bases de lo que hoy existe, hay ya un largo camino recorrido que vale la pena revisar. Más de algo nos pueden decir los viejos acerca de cómo estructurar una historia o crear un personaje.



Gato

Casi todos parecen estar de acuerdo en que la reconciliación y el reencuentro con los valores democráticos debieran ser las características de estos tiempos. Para qué hablar de la apertura. Es tiempo de que el cómic participe cada vez más y a mayor nivel en este reencuentro. Proponiendo caminos hacia la imaginación, reconciliándonos con nuestra realidad, con nuestros orígenes, nuestros sueños, deseos, frustraciones, diferencias, traumas y todo lo que nos salga al encuentro. Total, llegó el tiempo de pensar en voz alta. Lo que venga, palabras, imágenes y no hechos. Divaguemos un poco. Por ahí viene lo bueno. Al fin y al cabo, este es sólo un momento más en la larga y accidentada historieta de Chile.

Daniel Turkieltaub

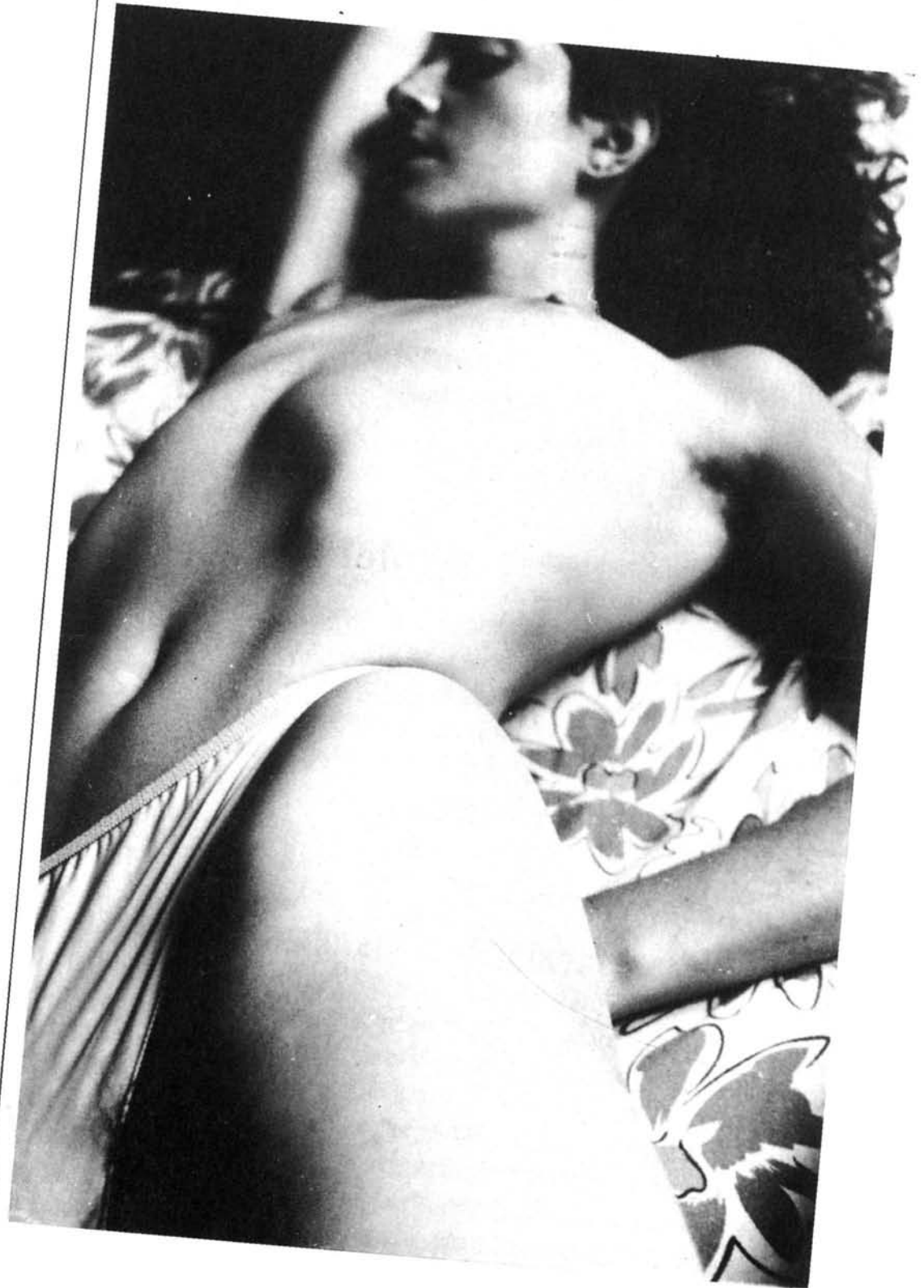


Foto de
Claudio Bertoni
(1986)